

Andalucía, 1935

En la primavera de 1935 los estados europeos vivían momentos de fricción, que los pactos y acuerdos trataban de ocultar preparando la gran conflagración que estalló unos años después, la Segunda Guerra Mundial. La Sociedad de Naciones, en su papel de mediadora en los conflictos, intentaba una política de seguridad entre estados, que se armaban hasta los dientes inseguros ante su propia debilidad y desconfiados de los otros: “Cuando se recurre a los pactos, es que algo muy grave está en peligro”, preludivan por entonces los comentaristas del periódico “El Liberal”.

Ya en España, la situación de inestabilidad se había extendido por todo el territorio nacional. En sólo cuatro años, los anhelos de modernización de las estructuras anquilosadas del estado español habían sufrido durísimos reveses, entre los que sobresale la crisis económica mundial del año 1929. Problemas de todo tipo acosaban a una Segunda República salida de las urnas y legalmente instalada en abril de 1931, pero ahora herida de muerte, no sólo por los sucesos revolucionarios del mes de octubre de 1934 en Asturias, sino por los daños causados en todo el país por la insurrección y la huelga pacífica. El clima de inestabilidad había radicalizado las posturas. En 1935 los intelectuales acentuaban y delimitaban sus presupuestos ideológicos, que fluctuaban desde la izquierda (se publicó *La vida difícil*, de Carranque de Ríos, y Sender obtuvo el Premio Nacional de Literatura por *Mr. Witt en el Cantón*) a la más dura derecha (Maeztu presentaba en su *Defensa de la Hispanidad* un alegato a favor de la catolicidad de España, que en su opinión, como misión imperial, debía imponerse en el mundo; y Franco revitalizaba los “Tribunales de Honor” que Azaña había abolido). Tal situación ocasionaba un efecto de vaivén que caía sobre el ciudadano medio como un sobrepeso ideológico, no sólo difícil de soportar, sino de altísimo coste social. Los sueños de llevar

a cabo una revolución liberal, que condujera los destinos de la sociedad hacia presupuestos democráticos, estaban en sus más bajos momentos.

Dos modelos ideológicos dominantes y opuestos se venían cerniendo sobre el país real: por un lado el modelo de la revolución rusa de 1917, que se radicalizaba más cada día en las izquierdas y llevaba al anarquismo español a posiciones cerradas, en la ingenua creencia de que también en España podría producirse un triunfo del proletariado según el modelo ruso; y, por otro lado, el imparable ascenso en Europa de regímenes fascistas y nazis (precisamente en abril de 1935 la conferencia de Stresa vino a poner un freno a los anhelos expansionistas de Hitler). Ambas posturas caldeaban el ambiente hasta extremos insoportables. Cualquier intento de reforma iniciado por el Gobierno era sistemáticamente recibido por las clases reaccionarias, sólidamente unidas (propietarios, clero, militares, oligarquía económica, monárquicos...), como un intento revolucionario. Con frecuencia los conflictos se intentaban resolver a tiros.

Desde el triunfo en noviembre de 1933 de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), la presencia en inestables gobiernos de representantes de esta formación era interpretada como el caballo de Troya introducido por las derechas en el cuerpo debilitado de la República. El tetrapartidismo de 1934-1935, con las coaliciones de radicales, cedistas, agrarios y liberal-demócratas, daba carácter a este bienio calificado de “negro” por las izquierdas. La tensísima situación que se vivía en España como consecuencia de la revolución de Asturias, con la amenaza para la República de un golpe de fuerza de las derechas, exacerbaba el sentimiento nacionalista ante la creencia de que la revolución había sido gestada en Moscú. El consiguiente sentimiento de rechazo de la injerencia extranjera en asuntos internos por parte de la misma derecha acentuaba la situación de precariedad de las izquierdas. Ya ni siquiera se imponía entre

los partidos de los dos sectores un mínimo respeto en el débil y distorsionado juego parlamentario.

Tras los acontecimientos de Asturias, la oposición de Alcalá Zamora a la ejecución de los responsables de la revuelta produjo la crisis de Gobierno del día 3 de abril. La CEDA salió del gobierno (para tomar fuerzas y reorganizarse, sólo un mes más tarde volvió a ocuparlo plenamente) en señal de protesta por la actitud de una izquierda a la que consideraba demasiado indulgente. Y la presidencia del Ejecutivo volvió a Lerroux, jefe del partido radical. El 5 de abril, el independiente Portela Valladares tomó posesión del cargo de ministro de la Gobernación. Declaraba que intentaría por todos los medios que los partidos dejasen de mirarse con ferocidad devoradora: “Las violencias no pueden ser toleradas en nombre de ninguna clase de ideas, ni de la derecha ni de la izquierda. A base de la ley podremos entendernos; fuera de la ley no será posible que me entienda con nadie”. El nuevo gobierno se proponía completar el iniciado proyecto que buscaba poner freno al monopolio de la fabricación y venta de armas, con otras leyes encaminadas a conseguir el desarme de la población y, en consecuencia, la paz social. El peligroso estado emocional de toda la nación debía bajar de tono. Era preciso aplacar los ánimos descompuestos en aquella hora de belicismo general. “A los Gobiernos toca el acierto de serenar el ambiente encrespado, librándonos de chirridos y protestas”, declaraba el ministro.

Había una excesiva presencia de armas en las calles, lo que en lugar de disuadir, exaltaba y predisponía a la excitación. Los mosquetones y las tercerolas resultaban demasiado familiares en un paisaje doméstico presidido por el paro, la miseria y el analfabetismo. Comentaba la prensa que sería además muy deseable que la venta y posesión de armas cortas no se viera estimulada por la exhibición de dichas armas en anuncios tentadores, en escaparates y en vitrinas. El Consejo de Ministros del 10 de

abril acordó levantar el estado de guerra en aquellas regiones en que existía y sustituirlo por el de alarma, con vistas a celebrar el cuarto aniversario de la Proclamación de la República, que este año vino a coincidir con los festejos de la Semana Santa. El 14 de abril era domingo de Ramos. Fue precisamente éste el momento en que Pierre Verger visitaba Andalucía.

Verger no fue el único visitante extranjero. Como él, escritores, periodistas, políticos, artistas e intelectuales pasaron por Andalucía en la primavera de 1935. Y no sólo porque en Sevilla se celebraba el X Congreso Internacional de Autores. Andalucía, España eran un hervidero de sensaciones, encuentros y desencuentros, contrastes de opiniones y desajustes ideológicos en un momento histórico excepcional: crisis de la II República y preludio de una guerra civil, que cada día aparecía en el horizonte como más clara amenaza. Los intentos de modernización llevados a cabo por el gobierno republicano atraían la atención de informadores de todas las ideologías, deseosos de mostrar a sus lectores cómo se estaba llevando a cabo la difícil tarea de adecuar todas las viejas estructuras del país a los nuevos moldes promovidos por el Ejecutivo. La persistencia de la vulnerable clase política en el difícil ensayo democrático, enfrentado de continuo al afán totalitario de los grupos de derechas, descontentos con las reformas, deslumbraba a periodistas y fotógrafos de otros países, en algunos de los cuales se hacían experimentos de signo contrario.

La situación social era complicada: atraso, paro, choques sociales, analfabetismo, miseria en las clases bajas... En los primeros días de abril de 1935 los conflictos se venían sucediendo en Andalucía. En Sevilla estallaba la huelga de las pelliceras, ciento sesenta mujeres en grave situación económica, porque sobre ellas se cernía el fantasma del paro. Otro tanto ocurría con los algodoneros, los cargadores y descargadores de la estación de la Barqueta, los carreros, los topógrafos, los jornaleros, los braceros del

campo andaluz. El proletariado pedagógico, combatiente del analfabetismo por cuarenta y siete duros mensuales, se organizaba por un reconocimiento de su labor según las bases aprobadas en la Asamblea de Valencia... El hambre planeaba sobre los conflictos. El señor Contreras, alcalde de Sevilla, y el señor Bermudo, concejal de fiestas y encargado de que Sevilla apareciera pletórica durante las celebraciones de primavera, manifestaban a los periodistas que “se repartirá una abundante limosna de pan a los pobres”. La Iglesia presidía la vida cotidiana de un Estado aconfesional, como si las celebraciones religiosas fuesen algo distinto de la misma Iglesia. Los propios anticlericales podían llegar a compartir estas celebraciones con los creyentes, como pasaba en la eclosión de fervor que se desencadenaba en la romería del Rocío, en el corazón de “Triana la roja”.

Y si esto ocurría en la ciudad más vistosa de Andalucía, es fácil imaginar cómo se vivía en la Andalucía profunda. Contiendas sociales, políticas, económicas y culturales marcaban el horizonte de un pueblo que vivía la contradicción propia de la descomposición revolucionaria: campesinos sin trabajo, líderes socialistas, comunistas, anarquistas y sindicalistas que intentaban mantener el fuego revolucionario, frente a voces de la derecha que llamaban a la unión. Unos levantaban el puño y otros el brazo a la romana en el paisaje de una España empobrecida, analfabeta y sin horizontes. Sólo las celebraciones religiosas, venían a poner el contrapunto de fiesta y alegría en el enrarecido ambiente de la lucha de clases. Las mismas clases que sabían incorporarse con protagonismo a los acontecimientos religiosos donde, en apariencia, el color político no era un obstáculo.

Cuarenta y cuatro hermandades hicieron aquel año estación de penitencia en la capital hispalense, poniendo de relieve el “resurgimiento esplendoroso” de la fiesta tras el paréntesis de los primeros años de la República. La Sevilla profunda del desgarró y el

hambre cantaba hasta perder la voz en las noches de Pasión: La Finito, Rocío, La Niña de Marchena, El Gloria, El Niño de Mairena, Manolo Centeno, Las Pompis, El Cojo Luque, Pastora, Caracolito ocupaban las páginas de los periódicos... Los costaleros también vivían sus días de gloria.

Devotos de Santa María de la Cabeza o de la Virgen del Rocío acudían a estas peregrinaciones en un intento de superar los males del momento. Era la cara alegre de la vida. Pero, sin embargo, los rencores de clase se dejaban notar. Como comentaba un periodista que intentaba informar de la romería del Rocío, “cada viva a la Blanca Paloma es un disimulado muera a la República”.